

AG/374

7236

25

DISCURSO

LEIDO EN EL

PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EN EL SOLEMNE ACTO

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DEL GRADO DE DOCTOR

POR

D. ELIAS ALFARO Y NAVARRO

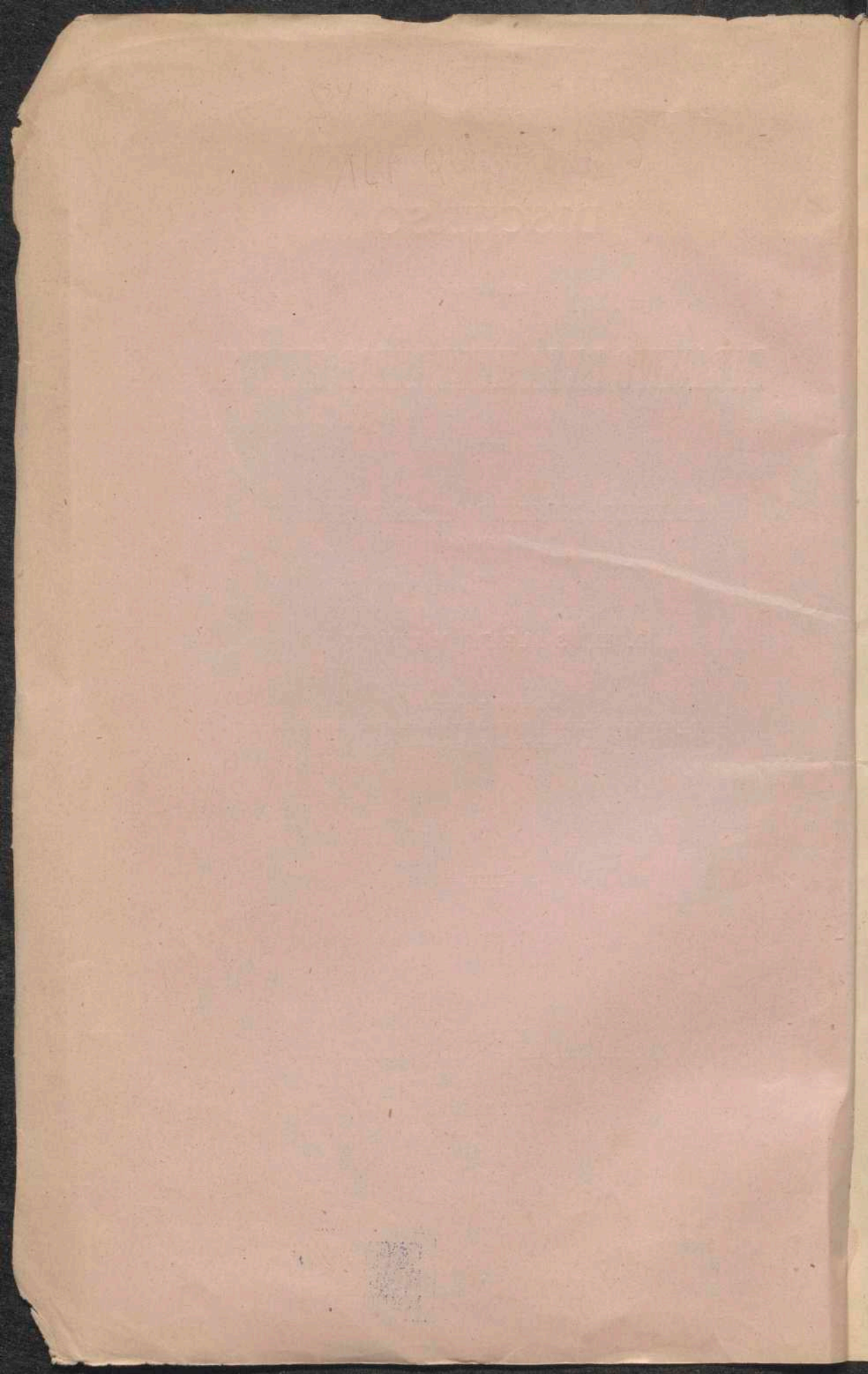
GRADUADO Y PREMIADO

EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS Y PROFESOR AUXILIAR POR OPOSICION
DEL INSTITUTO DE CIUDAD-REAL

MADRID

IMPRENTA DE SEGUNDO MARTINEZ
1, Travesía de San Mateo, 1

1882



AG/374

DISCURSO

LEIDO EN EL

PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EN EL SOLEMNE ACTO

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DEL GRADO DE DOCTOR

POR

D. ELIAS ALFARO Y NAVARRO

GRADUADO Y PREMIADO

EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS Y PROFESOR AUXILIAR POR OPOSICION
DEL INSTITUTO DE CIUDAD-REAL

DEPOSITADO EN LA BIBLIOTECA



ARCHIVO BIBLIOTECA

MADRID

IMPRENTA DE SEGUNDO MARTINEZ
1, Travesía de San Mateo, 1

1882

Ref. n.º 1035



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

R. 1035

A su querido amigo D. Pedro Juste y Traba
en testimonio de mi sincero y cariñoso afec-
to
Su afectuoso amigo

El Autor

ORIGINAL DE LA BIBLIOTECA

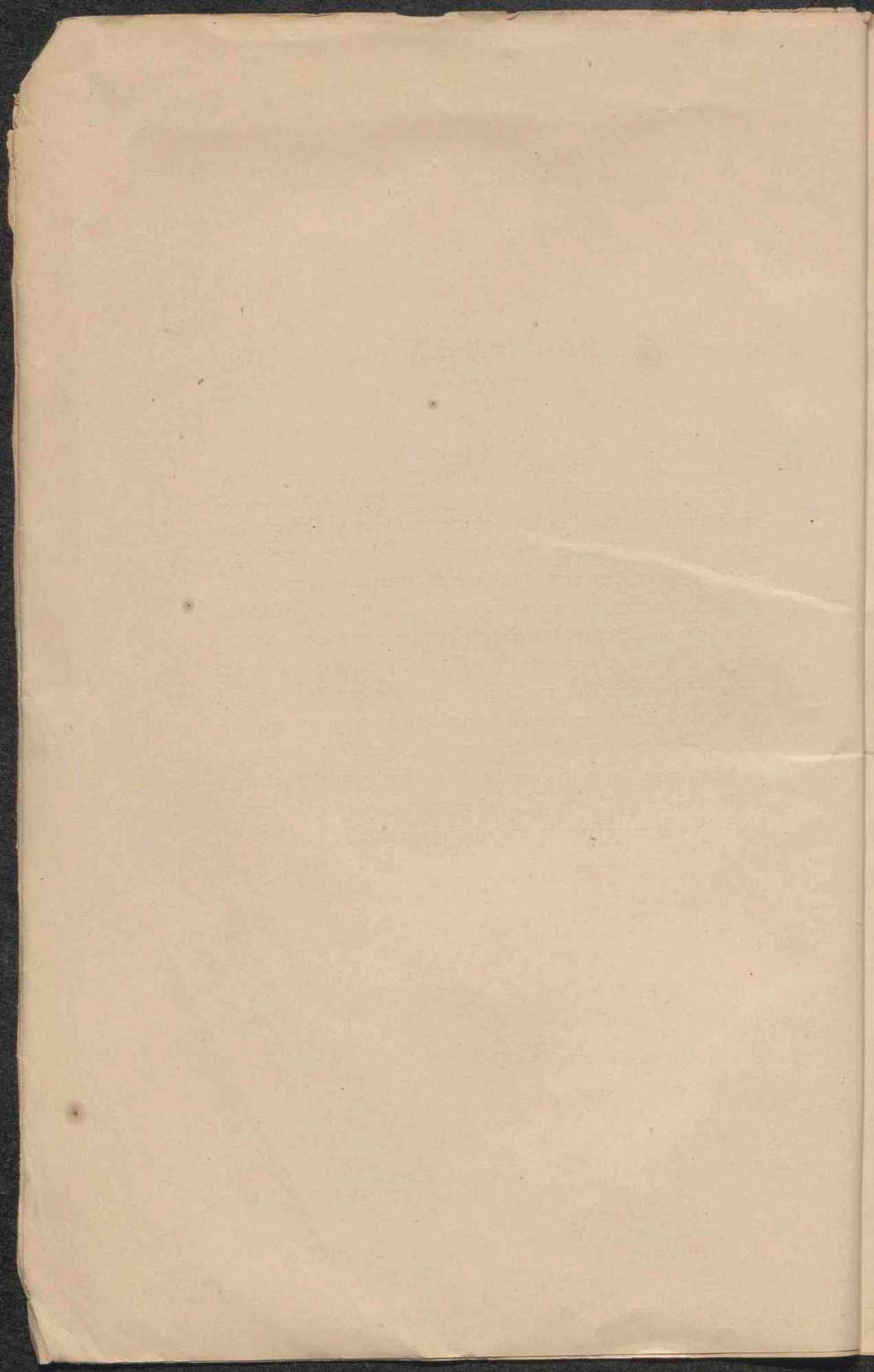


ADQUISICIÓN DE LA BIBLIOTECA

Á LA MEMORIA DE MI QUERIDA MADRE.

¡Queridísima madre mia! Si providenciales designios de mí te separaron sin que dado me fuera cerrar tus ojos ni escuchar tus últimas palabras, los mismos hicieron que tu nombre quedase para siempre grabado en mi alma; si desde el cielo en todo instante sobre mí derramas el bálsamo de tu maternal cariño, erigiendo á tu memoria sacro-santo altar, dentro del pecho mi corazón te adora; tú, madre mia, con denodado celo, con sin igual cariño dirigiste mis primeros pasos en el camino de la fé, del amor y del deber; ¿qué mucho que con tu nombre dé principio á mi trabajo? Recibe cariñosa las primicias de mi pobre entendimiento, como correspondencia, aunque exígua, de lo mucho que te debo, como inconcusa prueba de lo mucho que te quiero, y desde el cielo, donde moras, bendice una vez más á quien nunca te olvida y al recordarte de amor desfallece, tu hijo

ELÍAS.



TEMA.

MARCO FABIO QUINTILIANO,

SU BIOGRAFIA Y EXAMEN CRITICO

DE

SUS INSTITUCIONES ORATORIAS

Quintiliane, vague moderator summe
juventae, Gloria romanae, Quintiliane,
togae.

(MARCIAL, libro II, cap. LXXX.)

Oratorem autem instituimus illum per-
fectum, qui esse nisi vir bonus non po-
test: ideoque non dicendi modo eximiam
in eo facultatem, sed omnes animi virtu-
tes exigimus.

(INSTITUCIONES, libro I, cap. I.)

EXCMO. É JLMO. SEÑOR:

EN el ameno y dilatado campo de la literatura, hermoso vergel dó el alma se impresiona dulcemente aspirando el perfume de los más delicados pensamientos, en todas épocas encontramos ingénios privilegiados que, elevándose sobre la más alta concepcion de la vida, reasumen en sí cuanto la humanidad piensa, siente y quiere; y sostenidos por las alas de su imaginacion vigorosa, arroban la admiracion de los que con entusiasmo se dedican al estudio de las bellas letras.

Incontrastable prueba de esta verdad nos ofrece la corte de los Césares: Roma, que, como han dicho varios y distinguidos escritores, «puede considerarse como la síntesis del génio de Oriente y de Occidente»; Roma, que, merced á su política y á sus continuas vic-

torias, se apodera de los pueblos todos de la Italia, y que derrotando á Cartago, extiende sus dominios allende los mares, llegando á ceñirse con el anhelado laurel de las conquistas, logra tambien mediante sus relaciones con la culta Grecia, cuyas expresiones y formas adopta, despojando la lengua latina de toda aspereza y uniendo la suavidad y armoniosa elegancia á la varonil majestad que la distinguen, elevar su literatura al más alto grado de gloria y esplendor, hasta el punto de contribuir más tarde al desarrollo de nuestra patria literatura. Pero si Roma, á quien los pueblos todos rinden respetuoso homenaje, influye en el desarrollo de nuestras letras, España, en cambio, ha dado á la capital del imperio escritores tan puros y elegantes como Cornelio Valbo; filósofos tan profundos como Séneca; tan eminentes geógrafos como Pomponio Mela; poetas tan enérgicos como Lucano; satíricos tan hábiles como Marcial, y retóricos tan ilustres y preceptistas tan graves, y críticos tan profundos como Marco Fabio Quintiliano, cuya vida é Instituciones oratorias van á ser objeto de mi discurso.

Comprendo cuán superior á mis fuerzas sea la grandeza del asunto, tan sólo comparable con mis deseos; pero de la literatura latina, depositaria de las gloriosas reminiscencias de los pueblos más civilizados de la Europa; de esos pueblos herederos legítimos de la grandeza romana; de esos pueblos, en cuyo seno triunfa y tremola la bandera del Catolicismo, de esos pueblos, en fin, cuyo ideal no es otro que el de centralizar sus nacionalidades, ¿qué otro punto pudiera yo haber tomado, cuyo desarrollo no ofreciera desde luego insuperables obstáculos á la insuficiencia mia? En tales circunstancias, obedeciendo solamente á los impulsos

de mi corazon, entusiasta como el que más por las glorias de mi patrio suelo, hube de decidirme á precisar, del mejor modo que mis facultades me permitan, las relevantes cualidades de un génio, cuyas doctas lucubraciones ilustran y engrandecen un siglo de marcada decadencia, de un génio, cuyo solo nombre, unido á la índole de este acto y al recuerdo involuntario de tantos y tan brillantes discursos como al efecto se han escrito, fueran motivos bastantes para causar en mi ánimo la más profunda turbacion, si por otra parte no me alentara la absoluta confianza en la indulgencia del respetable Tribunal, ante el que, aspirando á merecer la honra que ha formado el más bello ideal de mis juveniles ilusiones y debiendo cumplir un deber reglamentario, me veo en la imprescindible necesidad de levantar mi desautorizada voz.

Sí, Excmo. Señor; yo, no sólo espero que me dispensareis vuestra ilustrada atencion, si que tambien confio acogereis con la benevolencia propia de los doctos las primicias de mi limitada inteligencia, como fruto que, sin sazonar todavía, puede presentaros un árbol de corta vitalidad.

Si es lícito deducir el mérito y la grandeza de los hombres de las controversias que sobre la patria de ellos han sostenido las generaciones que á los mismos sucedieron, bien podemos aseverar que en Marco Fabio Quintiliano compiten lo extraordinario del mérito con lo incomparable de la gloria. En efecto; varios y respetables comentadores sostienen en este punto opiniones entre sí opuestas y contradictorias; de los que

2

pretenden hacerle romano y quitar á España la honra de contarle como á uno de sus hijos, merecen especial mencion los muy doctos Enrique Dodwell (1) y el Abad Gedoyñ. Uno y otro se fundan en no haber llegado íntegro hasta nosotros el Código de Eusebio y en lo muy versado que Quintiliano estaba, así en la lengua latina como en la historia, costumbres y legislacion de Roma. Razones son estas, si tal nombre merecen, que creo puedan desvanecerse fácilmente. Y á la verdad, señores: ¿es preciso haber nacido en un pueblo ó nacion para conocer sus leyes, sus costumbres y su íntima civilizacion? Creo que no; de lo contrario, cabria afirmar que los que laboriosa y perseverantemente consagraron su vida al estudio de las naciones, con el fin de legar á la posteridad un libro que abrazase la historia de todos los pueblos, no eran idóneos para escribir lo que escribieron, ni dignos de ser leídos.

Si á esto se añade que Quintiliano, jóven aún y sin largos hábitos contraidos en su patria, marcha á Roma, donde vivió no pocos años totalmente consagrado al estudio de las costumbres romanas, de sus leyes, de sus oradores, siendo además maestro y preceptor de la juventud, ¿cabe en humano entendimiento que un hombre como Marco Fabio Quintiliano no penetrase el íntimo y profundo carácter de la ciudad donde vivia? Refutados estos argumentos, escuchemos cómo en armonioso coro con la de otros muchos comentadores, así nacionales como extranjeros, se deja oír la voz del gran padre de la Iglesia San Jerónimo, quien en su traduccion «*Ex-Hispania Calagurritanus*» (2) afirma de

(1) Enrique Dodwell, quien en su *Vita M. Fabii Quintilianii per annales disposita*, intentó demostrar que era romano.

(2) (Olimpiadas cccx y ccxvi).

una manera decisiva y terminante que Quintiliano era español y nacido en Calahorra del 42 al 45 de la era cristiana; opinion es esta encomiada por un conocido escritor (1) probando con profundas observaciones cuán desacertados andan los que, procediendo de otra suerte, se separan de las palabras de Eusebio Cesariense ó de la verídica traduccion de San Jerónimo y opinion que la severa crítica no ha dudado en respetar, teniendo en cuenta, así la imparcialidad, como la probidad y ciencia de tan esclarecido y docto Padre. Inclinémonos, pues, con la crítica al lado del respetable escritor de Estridon, y si, puestos en este terreno, pasásemos á examinar las cualidades del célebre Quintiliano, su carácter enérgico y decidido atraeria á nuestra mente el recuerdo de aquella ciudad que en sus banderas ostenta el glorioso lema «*prevalui in Carthaginem et Romam*», la rectitud y moralidad que abrillantan sus escritos, nos indicaria que Quintiliano habia nacido en aquel suelo enrojecido con la sangre de los ilustres mártires españoles Emeterio y Celedonio; la sávia de su imaginacion en concepciones tan fecunda como su patria en flores y la dulce sencillez de su trato contrastando con la magnificencia de sus pensamientos y el lujo de su diction, nos persuadiria de que Quintiliano habia visto la luz del mundo bajo el cielo esplendente y purísimo de las hermosas y fértiles riberas de la Rioja; en suma, señores, la perfeccion y gracia de su estilo, la galanura de su frase, la importancia de sus observaciones, su gusto delicado, su juiciosa y templada erudicion en armoniosa union con la grandeza de su alma, serian motivos que confirmarian nuestro juicio,

(1) Don Nicolás Antonio, cap. xii, libro 1.º, de su *Biblioteca Vetus*.

presentándonos como en hermoso relieve las cualidades de un génio eminentemente español.

¡Ojalá me fuera dado precisar con la misma exactitud que su patria las condiciones en que acaeciera su nacimiento! Pero sin desechar por completo la opinion de Juvenal que le cree nacido bajo la más feliz estrella, rodeado de bienes y de honores y sin aceptar en un todo la de su discípulo Plinio, que dice tuvo lugar en medio de modestísima fortuna, sólo me permito creer que Quintiliano vino al mundo rodeado, cuando no precedido, de los hermosos resplandores que indudablemente presagian el superior ingénio y las apreciables cualidades del individuo. Sólo de este modo y mediando las sólidas instrucciones y acertada direccion de Domicio Afro, podemos explicarnos cómo Quintiliano adquiere en edad temprana y en su misma patria el renombre de retórico y abogado. No contaba aún diez y nueve años y ya su nombre corria de boca en boca, pronunciándose con admiracion y respeto de todos; llegando su fama á tan alto grado, que al ser nombrado Galva pretor de la España Tarraconense, le confiere el honroso cargo de Abogado del Tribunal Superior de la provincia; cargo que desempeña con integridad suma, consiguiendo repetidos triunfos y superiores, si superioridad cabia, sobre los que ya para entonces habia merecido, defendiendo en el foro y en presencia del Senado á Nevio Apruniano y á la reina Berenice. Ved, pues, á Quintiliano desempeñando ya los cargos más trascendentales de la sociedad y formando el verdadero entusiasmo de su patria, sin que esto sea lo que más deba admirarnos.

No es en su patria donde ha de lograr ceñirse la corona de la inmortalidad; para ello es necesario que

sus profundos conocimientos resplandezcan en medio de los errores que impulsan la decadencia y encaminan la literatura á su completa é irremediable ruina; es preciso que la solidez de sus virtudes brille y se vigore en medio de la más depravada corrupcion y desmedida inmoralidad; y así, en efecto, sucede. Al ocupar Galva el trono de los Césares y dadas las circunstancias de Roma, no puede ménos de recordar al ilustre retórico de Calahorra; llámale nuevamente á su lado y Quintiliano va á Roma, donde es objeto de inusitadas distinciones. Sí, señores: Quintiliano entra en Roma «en ocasion de hallarse debilitados los grandes sentimientos y muerta la soberana inspiracion que nace de la libertad; cuando las literaturas buscan en el esplendor de la forma y en la brillantez de la expresion lo que falta al fondo de las concepciones poéticas; en el momento en que bajo el sόlio se albergan la adulacion y la bajeza menospreciándose las antiguas virtudes romanas; llega, en fin, á Roma en los tiempos en que torcidos los caminos de lo bello, viciado el lenguaje y el gusto, más que sólida ciencia, más que verdadera inspiracion nacida de la grandeza y de la verdad del asunto, se buscaba por todos lo que podia cautivar la atencion y lo que más contribuia á los seductores aplausos de la multitud»; en esta época es cuando llega á Roma, y conociendo Vespasiano cuán desastrosos efectos produce la mala direccion de los estudios y deseando cortar los estravios de los declamadores, funda escuelas por cuenta del Estado y Quintiliano es quien antes que ninguno mereció tan grande honor; él es el primero llamado al honroso cargo del profesorado, ensalzando por largos años los verdaderos principios del arte, imprimiendo sabia y clásica direccion á su enseñanza.

Al llegar á este punto, Quintiliano ofrece á nuestra consideracion el doble aspecto bajo el que debemos estudiar al individuo, esto es, como hombre y como escritor. Para conocerle como escritor examinaremos sus obras; mas para formarnos una idea de Quintiliano como hombre, preciso se hace estudiar su conducta en medio de la tumultuosa Roma; allí, donde la vida se le presenta bajo el prisma más grato y lisonjero; donde todos le reconocen como al primero de los oradores y el primero de los Abogados; donde los Emperadores le conceden el uso de la púrpura y los honores del Consulado; donde todo, en fin, le brinda con los seductores halagos del vicio y de la inmoralidad. Y al efecto, señores, ganoso yo de celebrar alta y cumplidamente las virtudes de Quintiliano, consulté á los escritores de su tiempo, admirándome el silencio de los mismos en este punto. Esperanzado, sin embargo, abrí de nuevo la obra inmortal de las Instituciones, y ¡oh extremado contento mio!

Así como por entre las aguas límpidas, transparentes y serenas, descubrimos el fondo de los rios, de la misma manera, por entre las páginas de aquel libro descubrí el alma virtuosísima de Quintiliano. Maravillosamente resplandecieron en él, debo decirlo, la castidad, la fortaleza, la templanza, el sentimiento de la verdad y todas aquellas virtudes que pueden exigirse justamente de un pagano, nacido en los tiempos infelicitísimos de la Roma decadente y corrompida. Señores; vivir vida mortal y acongojada con infinitas maneras de cuitas temporales; vivir en lucha tremenda y continua, de una parte la carne con el espíritu que reclama para sí las sublimes condiciones de lo ideal, de lo eterno, de lo infinito; de otra el espíritu con la carne concu-

piscente y decaída, cosa es que suspenderá siempre las miradas de los hombres, avicinándolos al cielo, donde vean á Dios en su purísimo sér eternamente. Ahora bien, señores; si la virtud es siempre digna de alabanza y loa, nadie puede negar que la virtud practicada en épocas que no la conocen, excede á todo encarecimiento.

Pues bien; Quintiliano alcanza los tiempos más desdichados de la Roma gentilica: ya no se alababa á los Catones ni á los Régulos; para enaltecer á un hombre, menester era que sobresaliera en una cualidad, por ejemplo, el valor, patriotismo, constancia; así se nos habla de Ciceron, Tulio y otros; pero celebrar la vida armónica concertada, la que consiste en ordenar nuestros actos á un fin supremo; celebrar, en una palabra, la vida íntegra y total de los hombres que, teniendo conciencia de sus destinos inmortales, viven sobre la tierra honradamente, cosa es reservada á los que al pié de la Cruz recibieran divinas enseñanzas. Quintiliano recordaba de una parte los tiempos heroicos de Roma, y de otra, más digno que su siglo, presagiaba las futuras edades del Cristianismo; venia á ser, para decirlo en pocas palabras, el vértice de ese ángulo cuyos dos lados están constituidos por el mundo pagano y el mundo de la fé.

Y no creais, señores, que apasionado de Quintiliano, prorrumpa en descompasados loores; nada más ajeno á mi ánimo. Con efecto, pasada la época de los filósofos y de los oradores, luego al punto surgió la época de los sofistas y de los degradados retóricos, esa vergonzante parodia de la sana filosofía y de la verdadera y viril elocuencia. Usurpábanse entonces las altas magistraturas del Estado, merced á la difamacion y á

la calumnia; es decir, que trastornado el orden admirable de las cosas, la sabiduría y la elocuencia y la verdad habíanse divorciado miserablemente, siendo así que eran cosas unidas por Dios con amorosísima lazada. ¿Qué hacia falta, pues, en medio de tanta degradación y ruina? Un hombre que adunase en sí el saber con el sentimiento profundo de la verdad; uno de esos hombres que la providencia de Dios suscita de tiempo en tiempo para que atesoren y encarnen la idea reparadora de los males de su siglo; hacia falta, en fin, un hombre como Marco Fabio Quintiliano.

Comprendiendo de un lado que ni las ciencias, ni las artes, ni el saber, ni los oficios, pueden separarnos del fin supremo á que tienden y se encaminan los actos del hombre sobre la tierra, y mirando de otro con ojos turbados y llorosos el espectáculo de aquella Roma, un tiempo conquistadora y magnánima, y fortísima, y poderosísima, envilecida ahora y degradada, sus cielos sin los eternos luminares de la elocuencia, su juventud sin la fé de los antiguos héroes, afeminada, declamadora y nécia, muda la tribuna, sin libertad el pueblo, todos sometidos á la tiranía de los Emperadores, contemplando todas estas cosas, Marco Fabio Quintiliano determinase resueltamente á parar el golpe de aquel desatado y furioso huracan de costumbres é ideas desoladoras. Por eso sube á la Cátedra y regala blandamente los oídos con nuevas y purísimas doctrinas, deducidas de los más insignes filósofos y de los más grandes oradores. Pone delante de los ojos de la juventud los modelos de la literatura Griega y Latina de los siglos de oro. No olvida en su atentada prudencia y suma cordura el recomendar á los jóvenes aquellas virtudes que, hermanándose con el saber, son poderosas á

realizar en los oradores aquella profunda y nunca bien estimada sentencia de Caton Uticense que dice: *Vir bonus, dicendi peritus*. Durante veinte años enseña á la juventud romana la manera de ser un buen orador; de todas partes acuden á oír su autorizada palabra; magnates y humildes, todos á porfía enaltecen su saber y al bajar de aquella altísima tribuna, parece como que el pueblo romano apesarado y triste, presintiendo las futuras desgracias de la patria, clama con dolorida voz: Adios, Quintiliano: tú eres la postrera de nuestras glorias; adios, honor de la toga romana.

Pero he prometido, señores, probar cómo á través de las Instituciones se descubre el alma de Quintiliano, grande sin duda y virtuosa.

Retírase de la tribuna, separado de aquella tormentosa vida, lejos en su hogar, consagrado ardientemente al estudio, inspirado en el deseo de ser útil á sus hermanos, persuadido de lo poderosas que son las buenas ideas vertidas con segura mano al papel para provecho de la posteridad, recoge su espíritu á meditacion profunda y escribe esa obra maravillosa que, repetida y casi copiada, viene siendo el pasto y alimento de los preceptistas y retóricos. Empero yo, en este lugar, debo decir únicamente cómo Quintiliano levantando su vuelo á las espléndidas regiones de lo ideal, fabrica en su mente el tipo de un orador perfecto.

Enseña la manera de preparar al niño desde los primeros dias de su infancia, poniendo delante de sus ojos clarísimos ejemplos de virtud, juntamente con los modelos del bien decir. Toma luego al niño convertido en adolescente, llévalo á la escuela pública, procurando que se le aleccione en aquellas ciencias que auxilian y favorecen el estudio de la oratoria, sin olvidar un punto

cuán blandos, suaves y amorosos deben ser los castigos, cuán templadas las reflexiones, enderezando todos sus propósitos á obtener un perfecto orador que, dando al traste con la adulacion y la calumnia, medios indignos de encaramarse á los primeros puestos de la sociedad, sea el hombre defensor de las leyes, de la libertad y de los derechos del pueblo, inspirándose siempre en el interés supremo é inmortal de la patria.

Y ¡cosa verdaderamente extraña en aquellos tiempos! Para gloria de Quintiliano, no podemos decir seguramente que sus preclaras virtudes estuviesen mancilladas por feos vicios. Siempre puro, medurado en las palabras, perpétuo consejero de la juventud romana, sus máximas y amonestaciones parecen salidas de cristianos labios. Habia terminado su mision; podia bajar al sepulcro reposado y tranquilo con la conciencia de haber servido á su patria. Con todo, antes de morir, fué sometido á las duras pruebas del infortunio, herencia triste y patrimonio de los hombres mientras vivimos en esta tierra humedecida con nuestras lágrimas y ensordecida con nuestros lamentos. Escribiendo estaba las Instituciones cuando un hijo suyo muy amado, á los 17 años, en posesion de un entendimiento claro y perspicuo, baja á la tumba dejando á su padre penetrado de dolor y sumido en inmensa desventura; como que era la consolacion de su vejez, su esperanza dulcísima, aquel de quien se prometiera fuese el continuador de su obra y el predicador de sus doctrinas. Las frases que dedica á su hijo difunto son las más sentidas y elocuentes del libro de las Instituciones. Queréllase á sí mismo de continuar viviendo muerto su hijo, no comprende la vida despues de haber desaparecido el que era su encanto, parécele ya que desamparado y solo

cruzará el desierto de este mundo pregonando su dolor. Pero decidido amante del bien y de la verdad, continúa su obra; y poco despues de terminada, desciende al sepulcro que le depara la recompensa digna de sus virtudes, legando á la posteridad importantísimos preceptos y severas enseñanzas, que no en vano le colocan en lugar preferente al del mismo Ciceron; nos lega una obra donde no solamente encontramos cuanto aquel habia expuesto en sus obras, si que tambien sus propias observaciones obtenidas en la práctica de la enseñanza; un monumento, en fin, que al través de todos los siglos le hará merecedor de la gloria que entre sus contemporáneos alcanzara.

INSTITUCIONES. Aristóteles el sabio, Gorgias el sofista, Ciceron el más elocuente de los romanos, habian escrito ya sobre las reglas á que debe ajustarse la Oratoria. Digno de particular mencion es además el insigne Horacio, que nos ha legado estimabilísimos preceptos, atañaderos á las varias composiciones literarias de aquellos tiempos. No pocos de esos preceptos, no pocas de esas reglas han caído totalmente en desuso, ora por ser innecesarias y nimias, entonces como ahora, ya por ser natural efecto de unas costumbres, de unos sentimientos, de una civilizacion que murió para no resucitar jamás; así, por ejemplo, las unidades dramáticas, tan recomendadas por antiguos y modernos retóricos, señaladamente por Boileau en el siglo xvii, no pueden ni deben realizarse rigurosamente entre nosotros. Y la razon de esto es, que el teatro griego, sencillo en el argumento, desconocedor de esos caracteres complica-

dos y difíciles que nacen al calor de nuestras profundas luchas morales, atemperábase lógicamente á una accion sencilla y poco complicada, cuyo desarrollo no duraba por lo comun más allá de veinticuatro horas.

Empero Quintiliano trata solamente de la Oratoria. Ciñámonos, pues, á este género literario que enlaza la didáctica con la poesía. En los tiempos de nuestro autor, como quiera que no era conocida propiamente la Oratoria sagrada y la política estaba de especial manera unida á la forense, todo esto por la constitucion del Gobierno romano y por la relacion mútua de los poderes públicos, puede decirse que el tipo del orador perfecto ideado por Quintiliano afecta al orador forense principalmente, refiriéndose, sin embargo, tambien al político. Esto simplifica la cuestion de una parte y no deja de aumentar la confusion por otra: lo primero, porque tenemos delante un sólo género de oratoria; lo segundo, porque esta es de una especie rara, singular. Así las cosas, se ofrecen al entendimiento dos cuestiones, de las cuales se ocupa con ahinco la ciencia del arte literario. ¿Valen los preceptos de Quintiliano? ¿Se necesitan preceptos para ser orador? Cuestiones son estas, señores, trascendentales y que si bien se las mira, vienen á resolverse forzosamente en cuestiones estéticas. La belleza es una de esas ideas indefinidas, generales, que llaman poderosamente la atencion de los hombres pensadores; por eso desde tiempos remotísimos, desde los albores de la filosofía, vemos ya que esta idea profunda de lo bello juntamente con las no ménos profundas de lo verdadero y de lo bueno, cautivan al entendimiento de los sabios. Platon el divino dice de la belleza que es *splendor veritatis*; Aristóteles habla de ella; San Agustin la funda en las íntimas

relaciones de la unidad y de la variedad; Santo Tomás de Aquino la hace consistir en la debida proporcion de las cosas. Pero estas eran expresiones fugitivas incapaces de constituir el sistema de lo bello. Corren los tiempos, siéntense nuevas necesidades, crece la reflexión, y los sabios, perplejos é indecisos en medio de escuelas literarias cada una de las cuales reclama para sí la posesion de la verdad, buscan con ardimiento un principio, una base que pueda concluir de una vez con las estériles disputas de escuelas, con las discordias, diatribas y sarcasmos de clásicos y románticos. Por eso tratan de definir la belleza, aunque en vano. Vaungarten en el siglo xvii adivina la ciencia del arte literario y echa los cimientos á esa ciencia que se llama la Estética y que mereceria el nombre de cacologia. Vaungarten hace consistir la belleza, ya en las formas externas, ya en la manera de sentir que tenemos; definicion harto vaga y que recuerda sólo cuán dignos son de alabanza los esfuerzos de su autor. Manuel Kant, verdadero fundador del racionalismo moderno, trata de la belleza, cayendo, sin embargo, en los errores fabricados de antemano en su sistema. Él, lo mismo que Fichte, Schelling y Hegel consideran la belleza subjetivamente. Gioberti, profundo filósofo italiano confunde la idea pura de la belleza con los fantasmas de la imaginacion. Cousin, fautor del eclecticismo francés, define la belleza acertadamente, aunque no en su esencia, señalando como naturales elementos de ella, la unidad, la variedad y la armonía. Inútil seria y por demás cansado, que yo enumerase otras opiniones sobre la belleza. Basta decir que hasta el presente la belleza no ha sido aún definida, y á la verdad creo ser de todo punto imposible el definirla. ¿Se ha definido la

verdad, la bondad ó el sér, á pesar de los inauditos esfuerzos de tantas generaciones de sabios, consagrados á este género de especulaciones de alta metafísica? Pues no espereis, señores, que alcancen más los presentes ó futuros filósofos. Dejando aparte, sin embargo, estas razones estrínsecas, claramente vemos cómo la belleza no es ni puede ser definida. En efecto, ¿qué es definir una cosa sino señalar sus límites, separarla de las demás y penetrar su última esencia valiéndonos de principios más generales que la cosa misma definida? ¿Y cómo es posible conseguir esto cuando se trata de una idea indeterminada, simple, que viene á confundirse con la idea del ente? Con todo, la belleza existe. Así lo testifica nuestra propia conciencia, infalible avisadora de sus actos internos; así lo testifica el universal asentimiento de los pueblos. Considerando detenidamente qué cosa sea la belleza, podemos observar que hay algo en ella de permanente y algo que se pliega á una infinita variedad, lo cual explica suficientemente cómo siendo la belleza una, ha tenido, sin embargo, manifestaciones diversísimas en la historia. Belleza hay en los monumentos arquitectónicos de Grecia y Roma; belleza hay en los templos góticos de la Edad Media; belleza hay en las galas de los campos como en la magnificencia de los cielos; belleza hay en esos sentimientos dulces, cariñosos y afables de la amistad, como en las heróicas virtudes del que, menospreciando su propia vida y amantísimo guardador de los divinos preceptos, se entrega á los tormentos y á la muerte; belleza hay lo mismo en las serenas aguas de un lago, que en los mares bramadores y las furiosas, desatadas é inmensas cataratas; es decir, que al través de las varias condiciones que impone el clima, la peculiar con-

dicion de los individuos, el carácter de los pueblos y su cultura, descubrimos los eternos fundamentos de una belleza perdurable, y que esa misma variedad, esas distintas manifestaciones de lo bello, que descubrimos en las obras humanas, indudablemente revelan la soberana idea de la belleza que Dios ha puesto en el entendimiento de los hombres. ¿Cómo de otra manera podríamos descubrir el fondo de belleza diversamente manifestado en los monumentos y en los libros de las pasadas como de las presentes generaciones? ¿se puede juzgar sin un criterio? ¿puede fabricarse algo sin que preexista en la mente del artífice?

De estas breves y ligeras consideraciones se deduce que la belleza aduna en sí, al mismo tiempo que elementos variables y accidentales, elementos inmutables y eternos. Ahora bien; cuando se trata de preceptos literarios, menester es considerar cuáles afectan á la naturaleza misma de las cosas, siendo por lo mismo fundamentales; cuáles á las circunstancias, y finalmente, cuáles dependen del capricho ó arbitrariedad del que los estatuyó. Así nos será fácil juzgar con acierto el verdadero mérito y la gloria del preceptista Quintiliano.

Los dos primeros libros de las Instituciones merecen particular mencion y atentísima mirada; ellos revelan el pensamiento capital que se propone Quintiliano al escribir sus preceptos. A juzgar sintéticamente esos dos primeros libros, diria de ellos que entrañan dos ideas trascendentales, capitalísimas de todo arte verdaderamente literario; es la primera, la clasificacion de las artes; la segunda, cuán estrechamente se une la oratoria con las demás ciencias y con la verdad. Por eso, adelantándose á las ideas de su siglo y gran cono-

cedor de lo corrompidas que estaban las costumbres y la elocuencia, adivina cómo era menester levantar de la postracion y el abatimiento á la juventud romana, educándola en todas aquellas virtudes civiles y políticas sin las cuales no puede haber orador perfecto; por eso, trata de la educacion con una inteligencia, con un conocimiento tan profundo de las pasiones del humano corazon, que bien puede decirse no haber hecho mucho más los modernos pedagogos con sus oscuros y deficientes sistemas. Abarca en una inmensa síntesis todas las facultades del hombre, enderezándolas á los fines positivos y concretos que hemos de llenar sobre la tierra. Sin embargo, trata más particularmente de la educacion que atañe á los fines del orador; distingue la escuela pública de la escuela privada, y sin olvidar los peligros de aquella, prefiere, con todo, la noble emulacion que resulta de verse reunidas muchas jóvenes inteligencias, en la nobilísima aspiracion de ser útil á sus hermanos. Cuidadoso siempre de la dignidad del niño que ha de defender mañana los derechos del pueblo y las bases incommovibles de la justicia, aconseja que no sea de ninguna manera sufridor de vergonzosos y cruelísimos castigos, antes bien, blanda, suave y amorosamente avisado de sus maestros; encarga á estos que parezcan á sus discípulos perpétuos ejemplares de virtud, por aquello de que el ejemplo suele ser más poderoso que las palabras. Ocúpase luego en aquellas artes y ciencias que de maravillosa manera se unen á la oratoria, echándose de ver en esto cuán profunda idea tenia de la solidaridad, en cuya virtud todas las verdades como irradiacion y reflejo que son de aquella soberana, inefable y absoluta verdad que reside en los cielos, no pueden ménos de unirse y compenetrarse,

ya en los estrechos espacios del tiempo, ya en las esferas ilimitadas del entendimiento humano. No le basta al orador la simple noticia de los preceptos retóricos, ni el vulgar conocimiento de los modelos. Preciso es que conozca la Gramática para usar debidamente de un lenguaje puro, castizo y correcto, y la Lógica para no perderse en el confuso laberinto de los errores y hallar argumentos sólidos y vigorosos, que disipen y destruyan el sofisma y aseguren la causa inmortal y justísima de la verdad, y la Historia para espaciar la mente por los dilatados campos de las heroicas virtudes, gozando al mismo tiempo el casto y subido deleite de las buenas acciones, recompensadas acá en la tierra; y aprender poniendo delante de los ojos los nobles ejemplos de los que sacrificaron su vida en aras de la justicia y entusiasmarse viendo á los hombres superiores reñir fieros y cruentísimos combates en defensa de las grandes ideas y abismarse, por último, en los deliquios y arrobamientos que por todas partes y de variadísima manera nos inspira la Historia. Debe el niño tambien, segun Quintiliano, á edad conveniente estudiar la Filosofía; esa ciencia superior, merced á la cual podemos resolver las aplicaciones positivas y concretas de los conocimientos humanos en sus principios generadores, de cuya resolucion nace, al decir del ANGEL DE LAS ESCUELAS, la verdadera certidumbre de las cosas. A más de esto, debe el niño componer diariamente bajo la superior direccion de sus maestros y atemperándose á los grandes modelos, con el fin de lograr la facilidad, la elegancia, la precision de las ideas y todas aquellas dotes propias del buen orador. ¿No os parece, señores, que así obtendríamos oradores capaces de realizar su mision altísima en el foro?

Cuanto á mí, paréceme que estas amonestaciones de Quintiliano eran las más conducentes á estirpar la plaga de los declamadores y realzar la decaída elocuencia.

Atento Quintiliano á restaurar la memoria y el prestigio de los grandes oradores de Grecia y Roma, ocurriósele la idea de escribir las Instituciones, con las cuales creía podrian ser deshechos y aniquilados los sofismas de los falsos retóricos; y pues es natural que los remedios sean adecuados á los males «siendo de otra manera ineficaces», plantéase á sí mismo la cuestion de si los preceptos son de todo punto necesarios ó si el escritor ú orador, por sus propios esfuerzos, puede sin ellos llegar á la posesion de la verdadera elocuencia; esto es, proponíase á sí mismo Quintiliano el problema trascendental y harto debatido entre clásicos y románticos de la libertad artística. ¿Cómo lo resuelve? Decíale su buen sentido, conviniendo en esto los hombres sensatos de todas las épocas, que con ser la elocuencia espontánea y nativa, todavía puede y debe someterse á las eternas leyes del buen gusto. Siempre han existido hombres que, llevados de su sensibilidad esquisita, de su alto ingénio, sin estudio, logran en ocasiones traducir á la palabra los grandes pensamientos, los afectos más recónditos de su espíritu: estos son elocuentes. ¿Pero qué significa la natural disposicion de ciertas almas privilegiadas? Además de que la mayor parte de los hombres carecen de singulares prendas y no pasan de la medianía, bien puede aseverarse que aún esos pocos elocuentísimos, desnudos de arte, entregados á la merced de su naturaleza, afearon su elocuencia con ridículas extravagancias; dígalo sino Góngora, cuyo altísimo y poderoso ingénio no fué bastante á librarle de aquel

alambicamiento de ideas, de aquel enredo de palabras que aún nos hace reir ó llorar sobre la ruina de aquel hombre, por muchos títulos eminente. Así, pues, los preceptos son necesarios para evitar los peligros ocasionados de la licencia, como son necesarias las notas musicales para ordenar y concertar de una parte las soberanas armonías de nuestro espíritu y evitar de otra los peligros en que pudiera caer algun músico peregrino.

La cuestion, pues, sobre la libertad artística no puede resolverse, habida consideracion de lo que es en sí misma, sino por el sentido comun, gran maestro en este género de asuntos. Lo que de ninguna manera debe admitirse es la vulgarísima opinion de que el génio, es decir, el hombre de súbitas inspiraciones, no puede contenerse ni encerrarse en el marco ruin y estrecho de las reglas oratorias. Opinion es esta que de no ser, como he dicho, vulgarísima, dejaria de merecernos respuesta. Pues qué, ¿consiste la libertad en descartarse de las trabas y ligaduras impuestas por Dios providente y misericordioso al hombre ó á la naturaleza? ¿Consiste la libertad política en salirse de la órbita natural y justísima que las leyes imponen al ciudadano? ¿Consiste la libertad social en desatender las altas prescripciones del Derecho, dejándose llevar de teorías desatinadas y locas? ¿Consiste la libertad religiosa en desobedecer los mandatos del Hacedor supremo y caer rendidos y respetuosos ante los ídolos fabricados por la razon? Y viniendo á la naturaleza física, ¿seria conveniente, seria útil, seria hermoso, que los mares embravecidos, rompiendo las barreras impuestas por Dios, asolasen y devastasen la tierra con sus espantables desbordamientos? Baste decir que

las leyes y los preceptos, lejos de impedir y estorbar los vuelos de la inspiracion y de la fantasía, nos ayudan y favorecen, conteniéndonos, sin embargo, en aquellos límites más allá de los cuales, ni hay verdad, ni conciencia, ni hermosura. ¿Qué más? Dios mismo, cuya soberana esencia no cabe en la expresion de las lenguas humanas, siendo en sí perfectísima, independiente y eterna, se ha impuesto, por decirlo así, las amorosas leyes de vivir eternamente; y esta necesidad de vivir, como la necesidad de pensar y de permanecer siempre bondadoso, ¿amengua en poco ó en mucho el sér adorabilísimo de Dios? En una palabra, aquel que, falsamente persuadido de esa libertad que consiste en no atemperarse á ningun género de preceptos, tomase el camino de escribir obras literarias, si era de mediocre entendimiento, jamás alcanzaria la gloria de los buenos escritores, y caso de ser un génio, la posteridad le pediria cuenta de no pocas extravagancias.

Ocupándose Quintiliano de la clasificacion de las artes en prácticas y especulativas, coloca á la Retórica en el lugar de las primeras por encaminarse toda ella á un fin eminentemente práctico. Fundado en la misma naturaleza de las cosas, divide Quintiliano el arte Retórica en cinco partes, á saber: invencion, disposicion, elocucion, memoria y pronunciacion ó ademan.

Discurriendo sobre el origen de la Retórica, asignale uno, antiquísimo, como que se remonta á los tiempos primitivos, confundiendo el origen de este arte con el principio del lenguaje. Acertado anduvo en esto, al contrario de Ciceron, que juzgaba verdadero origen de la Retórica las primeras expresiones ó discursos de los fundadores de los pueblos. Quintiliano, reconociendo en la Retórica dos capitalísimos elemen-

tos, el lenguaje natural y el lenguaje figurado, y por decirlo así, artístico, atribuye el origen de tan excelso arte, á las primeras manifestaciones de la idea, á las primeras palabras dictadas por el sentimiento y la pasión. ¿Y qué otra cosa es el arte literario sino el arte mismo, natural, de expresar nuestros pensamientos, siquiera esté ordenado y perfeccionado por la observación y el ejemplo? ¿No son imitativas todas las bellas artes? ¿Todas ellas no han sido inspiradas por la naturaleza y las combinaciones de la fantasía? ¿Cómo han nacido la pintura y la escultura, sino teniendo delante de los ojos las típicas realidades? ¿Y cómo se habia de haber formado la Retórica, sino observando la fuerza incontrastable de las ideas y las impresiones, ya dulcísimas, ya melancólicas y terribles, que producian en el espíritu de los hombres? ¿Qué hicieron, si bien se considera el asunto, los primeros poetas y los grandes oradores? Como quiera que antes de ellos eran de todo punto desconocidos los preceptos, obedecieron no más que á sus propias inspiraciones, nacidas de la misma naturaleza. Despues, atenidos á la incomparable hermosura de sus obras, reuniéronse de acá y acullá varios preceptos, naciendo así el arte Retórica.

Pasando Quintiliano á tratar del fondo mismo de la oratoria, divídela en tres principales géneros, conviene á saber: deliberativo, demostrativo y judicial; division que ha caido totalmente en desuso, pero que, sin embargo, obedecia á las circunstancias de aquellos tiempos. No habia oratoria sagrada y la forense era una misma cosa que la política; por consiguiente, la clasificacion de la oratoria debia nacer necesariamente de su propia finalidad; por eso siendo el fin del orador la alabanza ó el vituperio, considerábase su discurso,

demostrativo; si el convencer ó persuadir, deliberativo; si la acusacion ó defensa, judicial. En los tiempos modernos, la intrínseca naturaleza de las cosas de una parte y el lugar de otra, son las bases en cuya virtud clasificamos y dividimos la oratoria. Así el que trata de materias religiosas y habla desde la cátedra del Espíritu Santo, denominase orador sagrado; el que de materias políticas y en los parlamentos, político ó parlamentarios; pudiéndose decir lo mismo de los demás géneros modernos de oratoria. Bueno será advertir, sin embargo, que las variaciones del orden político y social han determinado poderosamente la actual division de la oratoria.

Hemos hablado largamente de los dos primeros libros y con relativa extension del tercero, porque aquellos encerraban en sí los capitalísimos fundamentos de la oratoria, segun la entendia Quintiliano; y el último, cuestiones de no escasa novedad. A pesar de haberse escrito varios tratados de Retórica en Grecia como en Roma, en ninguno de ellos se advierte aquel conocimiento profundo del corazon del hombre, en cuya virtud hermanándose, por decirlo así, la teoría con la práctica, resultase un verdadero sistema de educacion oratoria. Quintiliano adivina con clarísima intuicion, cómo nada valen los preceptos para jóvenes estragados por el vicio y víctimas de las concupiscencias de la carne, y cómo de nada sirven todas las doctrinas cuando es menester luchar con entendimientos vírgenes, desnudos de saber. Esa es la razon por la cual escribe los dos primeros libros, eternos fundamentos de la educacion indispensable á los buenos oradores.

Al llegar aquí declaro ingenuamente que de pro-

ponerme un análisis detenido de las Instituciones, fuera menester más dilatado espacio. Ceñido, por lo tanto, á las condiciones ineludibles de este acto, trazaré líneas generales, que sin menoscabo de la verdadera crítica, revelen el carácter genuino de las Instituciones.

Comprende el libro cuarto las partes del discurso; la narracion, el exordio, la proposicion, la division, la confirmacion y el epílogo. Sobre todas ellas discurre Quintiliano sábia y acertadamente, prescribiendo aquellas reglas que no ha disminuido el trascurso del tiempo, antes bien, confirmado y robustecido. Juzga nuestro autor como la más necesaria de las partes del discurso la confirmacion, en lo cual estuvo tan acertado que todos los retóricos y críticos convienen en que «atendidas circunstancias» pudiera acontecer que la confirmacion fuera la única parte subsistente, constitutiva del discurso.

Trata en el libro quinto de los lugares tópicos, esto es, de las fuentes de donde pueden sacarse argumentos valederos á los fines del orador; se puede decir que este libro es, aparte de algunos lugares, como el tormento, las escrituras públicas y otros inusitados en nuestros tiempos, un tratado de lógica formal. Los modernos han desechado de los libros de retórica esta parte por parecerles, con sobrada razon, completamente extraña á sus fines. Ciertamente que el orador, llamado como está á defender sus tesis é impugnar á sus adversarios, necesita conocer la lógica como necesita conocer todas las ciencias y artes de que haya de tratar principalmente, y sin embargo, seria cosa por demás peregrina que entrase la Retórica por esos caminos de la jurisprudencia, de la política y otros que le están justamente vedados.

El libro sexto atiende á ciertos efectos oratorios como la risa, el modo de vestir y de accionar, tan propios de aquellos tiempos enamorados de la forma y algun tanto ménospreciadores del fondo de las cosas; con todo, fuerza es decirlo, siendo el hombre síntesis inefable de cuerpo orgánico y de alma inteligente y libre, está de la una parte sometido á las condiciones de su vida íntima y de otra, á las influencias exteriores; si á esto añadimos que las ideas más recónditas del sér humano suelen de vez en cuando aparecerse en la palabra misma, en los gestos y en los ademanes, fácilmente comprenderemos por qué los hombres convierten alguna vez sus ojos á esas manifestaciones externas del sentimiento y de la verdad.

Tambien habla el libro sexto de la peroracion y sus cualidades, en lo cual muéstrase Quintiliano como siempre, profundo conocedor del humano espíritu. Es la peroracion, por decirlo así, el signo más acabado y perfecto de las pasiones y de los combates que entre sí libran los hombres; por donde se vé que la peroracion debe de ser viva y animada, ardiente y nacida de un espíritu verdaderamente preocupado y poseído de cuanto habla y de cuanto dice.

Versa únicamente el libro sétimo sobre la disposicion del discurso oratorio; en él se nos enseña la manera de disponer y colocar con acierto las pruebas, pudiendo aseverarse que de todas sus enseñanzas surge esta ley: las pruebas deben colocarse y disponerse oportunamente; y nada más sabio: dada la constante variacion de las cosas, dadas las distintas situaciones de la vida y del orador, bien se echa de ver cómo es de todo punto imposible establecer preceptos determinados y valederos para todos los casos y circunstancias.

En efecto, el orador que se halle al frente de alborotadas muchedumbres, prontas á la revolucion y al combate, suspensas de la palabra elocuentísima del tribuno, anhelantes de escuchar una razon que las disuada de sus propósitos ó las aliente poderosamente, ¿habrá de exhibir y presentar las pruebas de su tésis como si se encontrase ante un auditorio pacífico, quieto, sumiso á las leyes y atento sólo á la verdad y al derecho? El primero, caso de colocar antes las pruebas más débiles, provocaria tal vez el furor del pueblo, quitándole la esperanza de la persuasion y del convencimiento. No así el segundo, el cual puede y debe atemperarse al carácter de sus oyentes, seguro de no amotinarlos. Por consiguiente, el sentido comun y la oportunidad son las leyes seguras y eternas á que debe sujetarse y amoldarse la disposicion del discurso oratorio.

Abraza el libro octavo la tercera parte de las en que naturalmente se divide la Retórica, á saber; la elocucion. Señala Quintiliano aquellas cualidades sin las que toda elocucion seria viciosa; tales como la verdad, la claridad y aquel tino y medida tan propios del buen talento del escritor. Desciende despues á tratar de aquellas otras cualidades que dependen de la ocasion y de las circunstancias. El adorno, la amplificacion, los tropos, de todo esto habla Quintiliano con tal maestría y de tal suerte, que sus observaciones han sido universalmente acatadas por los retóricos de todas las épocas. Tanto en este como en el siguiente puede notarse algun exceso en orden al número de tropos y de figuras; no obstante, achaque era este de aquella edad un poco declamatoria y vana.

Mucho más importante es el libro diez, en el cual expone nuestro autor acertadísimos juicios acerca de

los autores griegos, eternos modelos del bien decir y doctrinas verdaderamente libres sobre la imitacion artística. Quiere, sí, que teniendo en mucho las obras inmortales de los buenos oradores y de los insignes hablistas, consagremos á ellas diligente estudio; pero quiere tambien que lejos de achicarse y amenguarse la propia actividad, levantemos nuestras aspiraciones hasta las cimas mismas de la gloria. Nadie, cualesquiera que sean sus aficiones literarias y la independendencia de su espíritu, podrá rehusar con justicia el estudio de la tradicion. ¿Existe hombre alguno sobre la tierra que atesore dentro de sí mismo todas aquellas condiciones que bastan á convertirnos en sabios y elocuentes oradores? Y acaso de existir alguno ¿pueden la mayoría de los hombres lisonjearse de ello? Por lo tanto, bueno será juntar la imitacion libre, y de ningun modo aduladora y servil, con las naturales y espontáneas dotes con que nos haya galardonado Dios graciosamente. Temerario empeño seria, por cierto, el pretender desembarazarse de los dulces lazos de la tradicion, merced á los cuales la ciencia de nuestros padres es nuestra propia ciencia y las labores de los pasados tiempos el fruto riquísimo de la generacion presente.

Persuadido Quintiliano de que las formas exteriores del pensamiento, es decir, el lenguaje, no puede ser ni bello, ni puro, ni elegante, ni castizo, sino á costa de asídúo trabajo y no interrumpido ejercicio, recomienda especialmente que el niño se acostumbre á ordenar y disponer sus propias ideas trasladándolas al papel y es de notar cómo nuestro autor discurre sobre la manera de escribir, sobre los puntos que hemos de escoger, sobre los lugares que debemos buscar, extendiéndose largamente además sobre otros puntos

que acreditan cuán profundo y atinado era su conocimiento del hombre.

Poco importante es, en verdad, el libro undécimo; el cual, más que tratado de Retórica, parece serlo de mímica y gnomologia. Requerian aquellos tiempos, harto dados á los efectos de la palabra y del ademan, que el preceptista tratase de estas materias. Al presente, una más acertada separacion de ciencias nos induce á considerar aparte lo que se refiere á la memoria y á la pronunciacion.

Pone fin y remate á las Instituciones el libro duodécimo, y por cierto que es de los más interesantes y merecedores de estima. En él acierta Quintiliano de irrecusable manera á demostrar cómo se unen, estrechan y compenentran las formas externas con lo más íntimo del sér humano. Nótase cómo se esfuerza nuestro autor en probar el lazo íntimo de la verdad y de la bondad. Desea que el orador sea hombre de bien y juzga que de no serlo, mal puede aspirar al título gloriosísimo de la elocuencia. Punto capitalísimo es este y digno siquiera de alguna consideracion. No falta quien, juzgando desatinadamente, opte por el absoluto divorcio de la elocuencia y de la verdad; y aunque en estos momentos no se trata de la verdad y bondad intrínsecas al discurso oratorio, sino de las prendas morales, de las virtudes del orador, advertiremos, sin embargo, de pasada que ninguna obra literaria puede prohijar el error sin ser por lo mismo peligrosa y nociva; como ninguna obra literaria puede ser elocuente, á ménos de resplandecer con el divino resplandor de la verdad. De lo contrario, menester seria romper de una vez con las eternas y capitalísimas ideas que publican y revelan la misteriosa lazada de lo verdadero, de lo bello y de

lo bueno. Lo que en esta materia suele dar lugar á lamentables confusiones es, ciertamente, el no distinguir el fondo de las formas exteriores; que así como es dable una fea estatua con hermosas vestiduras, tambien puede suceder que las ideas y los juicios, siquiera absurdos, se encuentren ataviados con las galas magníficas del oratorio estilo. Empero sea de esto lo que fuere, el orador debe estar adornado de virtudes. ¿Cómo de otra manera podria cumplir su altísima mision? Puede darse el caso de un orador que, á pesar de su vida depravada y licenciosa, acierte á defender los sacratísimos derechos de la justicia; pero esto es raro, excepcional. Si consultamos á la misma naturaleza de las cosas, veremos claramente cómo el orador que no siente dentro de su espíritu los alaridos de la conciencia, ni se conmueve ante ajenos infortunios, ni llora con los menesterosos y desvalidos, hállase por completo incapacitado ó, por lo ménos, tardo y perezoso á sostener la verdad, con el acento reposado y tranquilo del varon justo. Pero ¿á qué discurrir largamente sobre esta materia? ¿No es la elocuencia, por ventura, el don feliz de imprimir en los corazones de otros los pensamientos y afectos que traen conmovido y agitado nuestro propio corazon? Mirabeau, lanzando truenos y rayos desde la tribuna francesa, ¿no es un hombre convencido? Y Demóstenes, clamando en nombre de los dioses inmortales por la salvacion de la patria, ¿no sentiria correr por sus venas el entusiasmo y por su espíritu las grandes ideas y los soberanos pensamientos de la gloria? Pues de idéntica manera, el que no siente dentro de su alma la voz tonante de la justicia, permanezca mudo y silencioso ante el dolor de sus hermanos y las desdichas de su patria: que no es la elocuencia hija de un corazon

frio, sino del más vivo entusiasmo nacida. Figúrome por un momento á un orador de pervertidas costumbres, levantado en la tribuna, extendidos los brazos en ademán de convencer á sus oyentes de la verdad y del derecho que sostiene: frio su espíritu, refractario á las purísimas y ardientes sacudidas de la idea y del sentimiento, revelará en su acento desfallecido y temeroso toda la pobre mezquindad de su alma, poco grande, poco noble.

No terminaré esta breve y ligerísima exposicion crítica de las Instituciones, sin decir dos palabras de su estilo terso, limpio y elegante, si bien no llega á ser nunca ni tan florido, ni tan elocuente como el de Ciceron. Acomodado todo él á las condiciones ineludibles de la didáctica, tiene que ser mesurado en el hipérbaton; jamás desaliñado y ménos incorrecto. La decadencia política habia traído consigo la decadencia del idioma, por lo que no es extraño que no siempre acierte Quintiliano á desembarazarse de ciertos defectos inherentes á su tiempo, el cual, por olvidadizo de los pensamientos, daba al traste alguna vez con la majestad viril de las formas.

Realmente he llegado al término de mi trabajo. Paréceme que á pesar de mi leal intencion, no habré logrado presentaros tal como es la figura de ese grande hombre que llena aún la memoria de nuestro siglo y revelaros con acierto el verdadero y genuino espíritu de las Instituciones. Colocado en la mitad de unos tiempos infelicísimos y enderezando sus miras altísimas á la restauracion de la verdadera elocuencia, traza en su mente Quintiliano las propiedades de un orador perfecto, escribe las Instituciones, obra de Retórica, de educación, de crítica, de elocuencia, en la cual res-

plandecen no ménos las dotes del preceptista que las del filósofo; hermanándose las condiciones de la mesurada y juiciosa crítica con las prendas singulares del hombre elocuente. No creais, señores, que se encierren los fines de esa maravillosa obra en los estrechos límites de escuela, no: ha concebido la idea de restaurar la perdida elocuencia y con ella las esplendentes glorias de su patria, apareciendo por lo mismo tan patricio como retórico. Bien mirado, vemos en Quintiliano al hombre que, sintiendo dentro de su espíritu los dolores de su patria y el ardor intenso de la gloria, corre en seguimiento de una idea salvadora de su país y que le recomiende á la posteridad. Desgarradas las vestiduras del pueblo que esclavizado, anonadado y pervertido, ha perdido hasta la memoria y con la memoria el poderoso acicate de las antiguas glorias de la república, comprende Quintiliano cómo la restauracion de Roma ha de venir forzosamente de la tribuna; y poniendo sus ojos en el Senado, antes magnánimo y poderoso á recordar sus deberes á los jefes y rectores de la sociedad, advierte al punto que únicamente de una juventud, educada no ménos en las virtudes privadas y políticas que en las artes de la palabra, habia de venir el remedio de aquellas supremas desventuras. Por eso quiere virtud y ciencia juntamente; la imitacion razonada y el ejercicio de las propias fuerzas naturales, el conocimiento de los grandes modelos al par que el de la historia, para enamorar nuestra alma con las epopeyas y el heroismo de nuestros antepasados; con la ciencia del Derecho, el bienestar de los ciudadanos; con la filosofía, la sábia combinacion y el concierto de las discusiones; y sin descuidar el detenido análisis de las pasiones del hombre para bien encami-

narlas y evitar sus extravíos, muéstrase también gran entendedor de las bellezas de su idioma, invitando así al estudio de los modelos. Es una obra completa; como humana, adolece de algunos defectos; trata cuestiones privativas de aquellos tiempos; sus amonestaciones y consejos dirígenle por lo común al orador forense, sin que esto sea obstáculo para la enseñanza de todos. Al través de las páginas de esa grande obra, colúmbrase no se qué de inmortal y de soberano, que arrebató el ánimo de quien las lee. Enamorado de la elocuencia y encariñado de las glorias patrias, remonta su espíritu á la contemplación de los fines nobilísimos de adiestrar á sus contemporáneos para contrastar los peligros de la decadencia romana y obtener por su grande obra los aplausos de la posteridad. Dada la condición de los tiempos y los propósitos firmes de Quintiliano, debemos considerar su libro como monumento científico y eminentemente nacional. Por sus ideas sapientísimas es fuente donde van á beber todos los que se ocupan en señalar preceptos literarios. A la hora presente, exención hecha de las ideas trascendentales que han traído consigo el adelanto de los tiempos y la cultura filosófica, el libro de las Instituciones, cuanto á sus fines positivos y concretos, no ha sido por ningún otro libro superado. Por sus ideas verdaderamente nacionales, por sus grandes esfuerzos en prevenir la caída de las letras y del patrio espíritu, Quintiliano merecerá espontáneos y universales aplausos en toda la prolongación de las edades futuras. Nacido Quintiliano en esta tierra de España, madre de innumerables héroes, y santos y sabios, no será jamás su nombre arrastrado por el río del olvido, mientras seamos como ahora, y lo seremos siempre, perpétuos amadores de las artes de la palabra;

mientras sustente nuestro suelo grandes oradores; mientras aliente nuestro espíritu la gratitud y el reconocimiento á los que nos han precedido en las enseñanzas del bien decir, pudiéndonos servir perpétuamente de guía y norte; mientras existan los gloriosos recuerdos de la tradicion y no hayan desaparecido de la tierra los españoles, no faltará alguno que convierta amorosamente sus ojos á la tierra que meció la cuna de Quintiliano, dándole con la vida las naturales condiciones de su clima, los gases de su atmósfera templando todo su físico organismo con las secretísimas influencias de su suelo, y la nativa hermosura de sus hermosos campos, sus altísimas montañas, sus graciosos valles y dilatadas llanuras. Así, cualquiera, sin poseer las adivinaciones del artista, ni sentir la incomprendible aspiracion de ver al hombre y su fisonomía, puede entrever en Quintiliano una fantasía arrebatada, un ingénio flexible, y cierto no se qué, oculto ante las investigaciones del sabio, y muy fácil de explicar cuando se consideran las calladas, pero seguras, influencias de los lugares que alentaron nuestra infancia. Cuanto á mí, nacido en la Rioja, no podría, aún queriéndolo, arrancar de mi pecho el entusiasmo, ni de mi mente el orgullo, por contar entre mis apreciables paisanos al inmortal Quintiliano.

HE DICHO.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

